

ARTURO PÉREZ ALMOGUERA

El lobo y el jabalí en el mundo religioso ilergete. El testimonio de una cerámica impresa

La representación de un lobo y lo que nosotros interpretamos como un jabalí, enfrentados, en sendos punzones que aparecen en un fragmento cerámico nos acerca al mundo religioso de los ilergetes, a la par que nos permite relacionarlo con lo conocido en este terreno en otras áreas del mundo ibérico y con la iconografía similar propia del mundo funerario clásico y de diversos pueblos continentales, señalando sus concomitancias y diferencias.

The exhibit we are treating is an important religious element in the pre-Roman populus of the ilergetes in the NE of Spain. We can connect the wolf and the wild boar representation on this pottery, with the Greek and Roman funeral iconography and other European peoples, remarking their similarities and differences.

Los ilergetes constituían cuando los ejércitos romanos pusieron pie en la Península Ibérica el más importante *populus* de los iberos del NE, tanto por lo que se refiere a la extensión territorial que controlaban como a la capacidad de enfrentamiento con el recién llegado. Esto último es además indicio de un desarrollo político que se concreta en la aparición de una sociedad compleja. La organización había tomado consistencia en la tradicional forma poliada característica de todas las sociedades mediterráneas desarrolladas: al menos dos *civitates Ilerda* (o *Iltirta* en ese momento; lo era con seguridad como indica su numerario) y *Osca* (*Bolskan* entonces; no emite aún moneda, pero parece muy probable que lo fuera) les pertenecían. Esta última se encontraba en la zona occidental de su territorio recientemente controlada por ellos. Naturalmente este *populus* tenía tras de sí una historia dilatada en el momento que entró en contacto con Roma, pero las fuentes clásicas se limitan a referirnos

los avatares bélicos de la conquista y poco más. Es decir, desconocemos prácticamente todo menos lo que podemos deducir de su legado arqueológico, que evidentemente nos habla de sus contactos, a través del Ebro y el Segre, con pueblos de la costa -con alguno de los cuales, los ilercavones, pudiera estar emparentado-, y por tanto de la llegada con una relativa facilidad de los estímulos mediterráneos que forman un componente tan importante en el mundo cultural de las comunidades ibéricas del litoral. Pero las propias limitaciones de los materiales arqueológicos -por no referirnos al subjetivismo en la interpretación de los mismos- nos impiden conocer las parcelas más importantes que conformaban sus características como pueblo. La religión es sin duda uno de los huecos más significativos.

Es cierto que se puede aducir que la ignorancia del universo religioso no es patrimonio del pueblo ilergete-

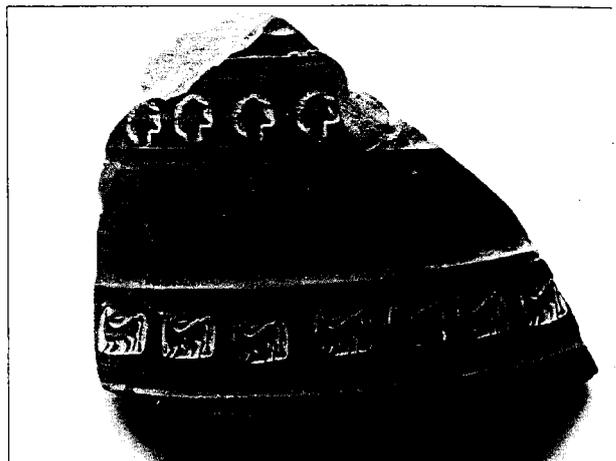
te, sino algo extensivo a todo el mundo ibérico -aún más, a la mayor parte de los pueblos mediterráneos periféricos-, pero es verdad que al menos para otras zonas situadas más al S contamos con elementos de la importancia que proporciona una escultura monumental, una toréutica elocuente, una cerámica pintada con representaciones de personajes y escenas que sin duda aluden a este mundo, y, en algún caso, con santuarios de gran riqueza. No obstante, sólo nos dan también una información sesgada, insuficiente en casi todos los casos como para interpretar con seguridad algo tan complejo como es un mundo de conceptos, mitos y ritos (quizás este último aspecto sea el más susceptible de ser explicado con estos datos). No es ciertamente una novedad el recordar aquí a guisa de ejemplo que ningún elemento arqueológico del mundo micénico hacía pensar en un panteón en que aparecieran gran número de los dioses olímpicos -aunque sólo fuera en el nombre- que luego mostró el desciframiento del lineal B. Así pues, aún tratándose sólo de elementos arqueológicos, nuestra zona aparece en clara desventaja, como decíamos, con respecto a las situadas en el litoral levantino. Sin embargo ello no quiere decir que no contemos con elementos, pobres pero elementos religiosos al fin, aunque un hecho es de suma importancia: todos corresponden a un momento tardío del mundo ilergeta, momento tardío que por otra parte representa también el de su madurez artística. Ninguno es datable con seguridad antes del siglo III a.C., es decir se trata de documentos contemporáneos -o casi- a la presencia romana en la Península. Pero ello no significa que hubieran perdido su personalidad local, pues como en tantas otras facetas, en el mundo religioso continúa privando lo indígena hasta Augusto. No es desde luego una originalidad de nuestra zona.

Aparte de la importancia religiosa del lobo o la divinidad que éste representa, al que nos referiremos más adelante, podemos suponer un culto a Neto, dios indígena conocido en otros lugares de la Península y asimilable al Marte romano, según se desprende de la inscripción en caracteres ibéricos en el monumento de la Vispesa (Tamarite de Litera), monumento por otra parte significativo por los relieves representando armas, guerreros caídos, manos, grifos, caballos..., sin duda en homenaje a algún aristócrata local entre fines del siglo II a.C. y el cambio de Era (Marco-Baldellou, 1976). Se trata quizás de una muestra de la heroización de un personaje, como también así pueden interpretarse las dos figuras sedentes, fechables entre los siglos

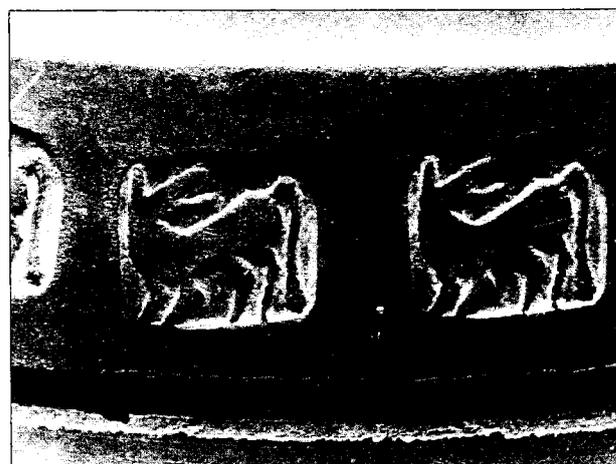
III y I a.C., procedentes de Els Castellassos de Albelda, también en la comarca de La Litera, que han llegado a nosotros muy deterioradas (Marco, 1990). Es interesante que reseñemos que estas piezas cuanto menos nos indican que hemos de desterrar la idea de que no se produjo ningún tipo de escultura entre los iberos más al norte de Sagunto, aunque desde luego en fecha tardía (recientemente además se ha documentado una cabeza humana en Huesca toscamente esculpida). Es cierto, no obstante, que la que hay es poca, tardía y de escasa calidad. Otro elemento relacionado probablemente con el mundo religioso es el constituido por una serie de figuritas en terracota, fechables como muy pronto en el siglo II a.C. y extraordinariamente abundantes en el siguiente, que representan preferentemente mujeres con falda acampanada, aunque también hay algunas que simulan caballitos pero en número mucho menor. En todos los casos son muy toscas y realizadas con la técnica del pellizco y realizadas con la pintura característica de la cerámica ibérica (Garcés, 1990: 799 ss.). Aparecen en zonas de hábitat y en ningún caso relacionadas claramente con lo que pudiera interpretarse como santuario (tampoco en cuevas), por lo que más que ex-votos probablemente hayamos de relacionarlas con una manifestación religiosa de tipo doméstico, quizás con carácter apotropaico.

Tampoco conocemos con seguridad lugares de culto a excepción del covacho de Cogul. Es evidente que sus conocidas pinturas se remontan a épocas muy anteriores a las que tratamos, pero en estos momentos se sigue utilizando como santuario. Así parece probarlo una inscripción ibérica que dice ...ILTIRTEN IBEREKONES entre un texto más largo de difícil lectura (Maluquer, 1978: 195), y posteriormente la latina del siglo I a.C. SECVNDIO VOTVM FECIT. Nada sabemos sobre la divinidad a que pudiera estar consagrado. En cuanto a edificios que pudieran interpretarse como templos, sólo podemos mencionar el que Maluquer excavó en el yacimiento de Molí d'Espigol, en Tornabous (Maluquer, 1986: 13) y fechado según éste en el siglo IV a.C., aunque su funcionalidad dista de estar clara. Se trata de una construcción adosada a otras de las que se distingue por dos basas de columna en arenisca que hay a cada lado de su única puerta, que es lo que le proporciona su singularidad pues por lo demás no se diferencia de las otras edificaciones y tampoco urbanísticamente aparece situada de forma destacada. No hay ningún otro edificio *in antis* conocido en el resto del territorio ilergete.

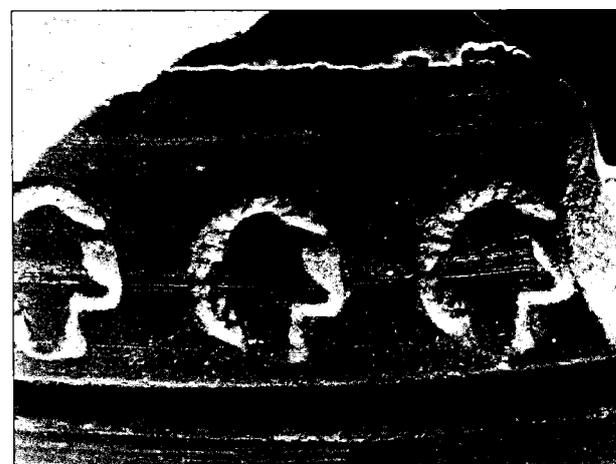
Antes nos hemos referido al lobo. Relacionada con éste se encuentra la pieza que da pie al presente artículo. Se trata de un fragmento de unos 11 por 11 cms. de una vasija globular gris recogida en el “poblado” de Margalef, en el término municipal de Torregrossa, en la ilerdense comarca de Les Garrigues. Procede con otros materiales de prospecciones y de intervenciones de aficionados, por lo que carece por tanto de contexto arqueológico, si bien el conjunto de materiales parece indicar una cronología de la segunda mitad del siglo III, es decir inmediatamente anterior o contemporánea de la primera presencia romana en *Hispania*. En cualquier caso, se trata de una producción claramente indígena. Se guarda en el Museu Municipal de Artesa de Lleida, cercano al yacimiento del que procede. La originalidad de la pieza es que sobre sendos baquetones se repiten continuamente dos estampillas, en el inferior una que representa a un lobo con la cabeza vuelta y mirando hacia arriba, aparentemente aullando, enmarcado en un cuadrado con los ángulos oblongos del que se conservan siete improntas -debían ser por tanto muchas las que ocupaban toda su superficie-. En el superior, las estampillas en número de cuatro tendentes al círculo, adaptándose a la figura que enmarcan, contienen lo que creemos se trata de un jabalí con las cerdas bien marcadas en la parte superior y lomo, situado en posición vertical de forma que aparezca enfrentado a los lobos del baquetón inferior. No se trata de una pieza inédita, pero en ningún caso anteriormente se le ha dado la importancia que, como documento religioso del pueblo ilergete, esta iconografía presenta. Fue publicado por vez primera por M. Cura (1971: núm. 11) en su estudio sobre las cerámicas grises prerromanas con decoración estampillada de Cataluña -por cierto se trataba del único caso en que tales estampillas presentaban decoración figurada; más tarde aparecieron otras con cérvidos, cápridos y équidos (Cura, 1975; Álvarez-Conde, 1990), que tampoco son desconocidas en otras regiones del mundo ibérico, de lo que es buena muestra el llamado “vaso de los dragones” del albaceteño yacimiento de Hoya de Santa Ana (Blánquez, 1990: 302) -, y por cierto, aún cuando el autor incidió en que la estampilla superior puede en principio interpretarse como una cabeza humana “con barbilla y nariz muy acusadas” juzgó que colocándola horizontalmente “parece representar un jabalí”. Poco más tarde E. Junyent la estudió junto con los otros materiales procedentes del poblado (Junyent, 1972: 113), y es interesante comprobar que



A



B



C

Lámina I. A. Fragmento de cerámica impresa de Margalef; B. Detalle de la estampilla con representación de lobo; C. Detalle de la estampilla con posible representación de jabalí.

observando los dibujos de algunas vasijas cerámicas que aparecen entre ellos, como un vaso ornitomorfo a mano u otros dos con tres compartimentos intercomunicados, de color negruzco también a mano que Ju-

nyent considera posibles lucernas, nos sugieren una posible utilización ritual. Es bien conocida la utilización para libaciones de los vasos ornitomorfos, especialmente si se trata de una paloma, entre diversos pueblos mediterráneos (Broncano, 1989:114, 141, 170, 207, 213; Olmos *et al.*, 1992: 120). Los otros dos vasos serían cernos.

El hecho de que nuestra pieza procediera de prospecciones y de excavaciones realizadas sin control (aunque en algún caso, que no es el nuestro, pudieron reunirse por ámbitos), impide realizar conjuntos y aventurar la existencia de habitaciones culturales, como se ha podido hacer en poblados valencianos, donde no siempre especialmente se destacan éstas de las restantes estancias en cuanto a tamaño (Sant Miquel de Lliria, Puntal dels Llops, Castellet de Bernabé...; entre otros Bonet-Mata-Guérin, 1990). En cualquier caso, volviendo a la pieza de que tratamos, Junyent se decanta por considerar las estampillas superiores como la representación de "una cabeza esquemática" y las inferiores "un animal, según parece un lobo". Aunque no menciona paralelos es factible pensar que supuso que se trataba de una cabeza humana basándose en el cierto parecido que su perfil presenta con las que aparecen en las pinturas de los vasos del estilo Liria-Oliva (aunque curiosamente se parece más al de las figuras del micénico llamado "De los guerreros"), pero en realidad tal parecido se reduciría a la identificación de la nariz con lo que nosotros consideramos el perfil de las patas delanteras del jabalí; el de sus patas traseras habría de representar algo similar a una visera de casco, lo que no corresponde con ninguna iconografía conocida en la cerámica pintada, sobre todo porque se remataría con una especie de penacho que es como habría que suponer lo que nosotros interpretamos como las cerdas características del animal que por cierto aparecen de la misma manera en otras representaciones del mismo en toréutica. Menos probable aún parece que el saliente inferior fuera el mentón y el superior la nariz -y las cerdas el cabello por tanto-, pues aún haría la representación más tosca, aunque reconozcamos que aunque se trate del jabalí que proponemos, el punzón está menos conseguido que el del lobo.

La representación del lobo es pues clara. No es ninguna novedad recordar el papel preponderante que en el mundo religioso de los iberos en general y muy particularmente de los ilergetes tuvo el carnívoros, hasta el punto de que ha sido considerado el animal totémico

de este pueblo, como acabamos de ver. En otras zonas del mundo ibérico lo encontramos representado en escultura en piedra (Chapa, 1985; Negueruela, 1990: 302), en cerámica pintada (sobre todo, entre otros, Nordstrom, 1973) o en toréutica como veremos después, pero entre los ilergetes lo encontramos representado en el reverso de buen número de la producción numismática de *Itirta*, con lo que viene a ser un símbolo parlante de la ciudad (Pérez, 1993; Pérez-Soler, 1993), durante el siglo II y algunos momentos del I a.C. antes de convertirse en la loba capitolina y llevar el nombre de la localidad, ya entonces *Ilerda*, en caracteres latinos. Reparemos que otra localidad del sur peninsular, de nombre *Ittiraca*, emitió también monedas con representación del lobo, pero en escasa cantidad y sólo una emisión. A veces, en las monedas iltirtenses se quiere destacar, pronunciando los atributos sexuales, la masculinidad del cánido como queriendo dejar muy claro que no se trata de la loba romana. Ello es bien significativo en los bronceos que se emiten durante las Guerras Sertorianas, en las que la ciudad y la región fueron a la vez escenario privilegiado y partidarias del general rebelde. Por lo demás sabemos que aparte de dios principal ilergete, en el mundo ibérico el lobo tiene carácter funerario y simboliza a una divinidad infernal de ultratumba con la cual se identifica el difunto, como parece deducirse de la conocida caja de Villargordo (Jaén) o el relieve central de la patera de Perotitos en la misma provincia. Por otra parte tienen también carácter guerrero y militar, según se desprende de su presencia en el torso de guerrero de Elche o en el escudo de la torre de Minerva de las murallas de Tarragona. Esto último, además, cuadra perfectamente con el carácter belicoso con que las fuentes clásicas alusivas a la conquista pintan al pueblo ilergete. Por lo tanto es un elemento que no plantea problemas. Otro caso diferente es el del jabalí.

El jabalí no es tampoco un animal extraño en el mundo religioso de los iberos, bien que menos frecuente que el lobo, (en escultura, un 0,62% del total aparte de una representación de cerdo que debe poder asimilarse, creemos, al mismo; Malvido, 1979), que dicho sea de paso tampoco es el animal más representado. Entre los ilergetes contamos con la representación de éste en un vaso zoomorfo a mano, uno de los escasos hallados en la zona, localizado en el yacimiento del Tossal de les Tenalles de Sidamunt, que fue interpretado en su día como un cerdo (Colominas-

Durán, 1923: fig. 401). No siempre es fácil distinguir cuando se quiere representar a un cerdo o un jabalí y ello, como recordó Blanco Freijeiro, es debido a que en la Antigüedad no había gran diferencia entre ambos: antes de la introducción en occidente del cerdo chino, los dos presentaban el morro más alargado y por tanto gran similitud.

El jabalí ya aparece asociado entre los iberos a la vida de ultratumba como mínimo desde inicios del siglo V, si es que no a fines del anterior: en Pozo Moro uno de los paneles del monumento representa un jabalí de doble cuerpo que embiste a otro ser bifronte con cuerpo serpentiforme que se convierte en humano en ambos extremos (Almagro Gorbea, 1979: 260; Id., 1983: 197, 205; Blázquez, 1979: 154). Otra interpretación lo considera cerdo, no jabalí, comedor de larvas y gusanos que impiden el descanso del difunto (Ruiz, 1984); ya hemos visto como la diferenciación entre uno y otro no era entonces tan acusada, pero optamos por la más aceptada interpretación del animal no doméstico por aparecer éste con sentido funerario en otras culturas mediterráneas y centroeuropeas y por simbolizar, como veremos, la antítesis del carnicero en otras representaciones dentro de área ibérica. Por supuesto que el significado concreto, como el de los otros relieves del mismo monumento, se nos escapa, pero aquí nos interesa sobre todo resaltar la presencia del animal. Tal presencia no representa como hemos indicado una característica exclusiva de la religión ibérica ni mucho menos: es común a diversas culturas del Mediterráneo, y en especial a las clásicas. En otra ocasión, cuando tratábamos de la iconografía del lobo (Pérez-Soler, 1993) llamamos la atención de que al par que en el mundo ibérico, aparecía muy presente en el mundo romano y sobre todo etrusco, mientras en el griego era más bien extraño -no desconocido (Maluquer, 1981)- y no parecía tan claro su papel en el universo de ultratumba. No ocurre otro tanto con el jabalí: aparte su vinculación a numerosas leyendas de personajes míticos, -bien las referidas a cacerías (Admeto, Androclo, Heracles, Hiante, Meleagro), bien las que lo relacionan directamente con las divinidades (enviado por éstas e incluso en una ocasión, el propio Apolo toma la forma del animal para dar muerte a Adonis)-, aparece claramente con sentido funerario, aunque no lo conocemos en la iconografía del doble cuerpo como en Pozo Moro. Blázquez se refiere al jabalí como elemento funerario en el monumento de las Harpías de Xantos (Blázquez, 1983: 34) y en este-

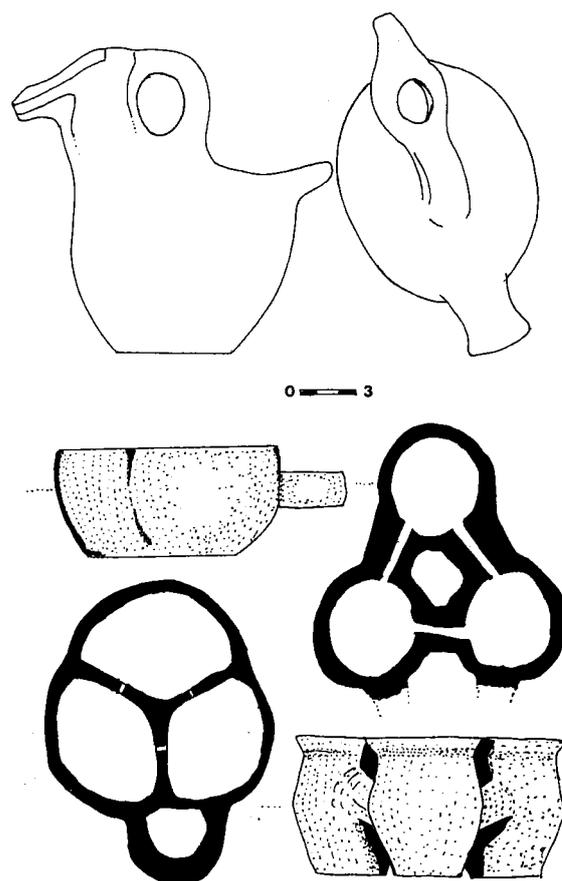


Figura 1. Materiales de posible uso ritual de Margalef.

las funerarias del siglo VI de Samos (Blázquez, 1977: 53). Es cierto que en el mundo heleno, al menos desde la época arcaica, es más frecuente la representación del león como guardian de la tumba del héroe, pues se trata del más experto animal cinegético y el más fácil de paralelizar con el guerrero y a la vez cazador que era el noble. Sin embargo después del león es posiblemente el jabalí el más peligroso animal de la caza (Vermeule, 1984: 161) y desde luego, el más frecuente tanto en las tierras helenas como hispanas donde el león es exótico, por lo que adquiere una simbología similar, hemos de suponer, al félido. Pero más interesante para nuestro caso es que conocemos la iconografía del león enfrentado al jabalí, que inmediatamente nos sugiere la del lobo enfrentado al mismo animal en el mundo ibérico (Cortijo de Maquíz), aunque desde luego no pretendemos insinuar que el paralelismo vaya más allá del aspecto estrictamente iconográfico, pero no deja de ser sugerente, sobre todo cuando su sentido funerario parece claro al aparecer en un sarcófago de Clazomenes del siglo VI a.C. o en una peana de estatua del cementerio del Cerámico fechada en torno a 520 a.C. El tema aparece también en vasos de

figuras negras más o menos contemporáneos. En opinión de Vermeule, el león debe vencer, para convertirse en el guardián del difunto, el jabalí ha de ser la víctima, y a ello no debe ser ajeno el que el primero sea carnívoro y el segundo no (Vermeule, 1984: 162). En cualquier caso, en el mundo ibérico el león es sustituido por el lobo en el enfrentamiento, al menos en el ejemplo que nos ocupa y, más claramente, en una de las piezas del cortijo de Maquiz. Sin embargo, ello no siempre ocurre entre los iberos: una falcata, cuyo lugar concreto de hallazgo se ignora -se indica junto al Castell de Sagunto, aunque las dudas son importantes-, decorada en la hoja mediante troquel y embutido de plata, nos ofrece la representación de un león enfrentado a un jabalí (Aranegui, 1992: 319 ss.), lo que, en esta ocasión, nos acerca cuando menos iconográficamente al mundo clásico.

En Roma tampoco es desconocido el león como guardián de las tumbas y en más de una ocasión devorando a otro animal, lo que se ha dado en interpretar como un simbolismo que expresa que la muerte devora todo (Priour, 1986: 158). Por otro lado las representaciones de cacerías aparecen con relativa frecuencia en el arte funerario griego, etrusco y romano (estelas, sarcófagos, cerámica...) y entre los animales objeto de las mismas no pocas veces aparece el jabalí (Blázquez, 1977: 56, 235, 354). Es cierto que en muchas ocasiones se trata sólo de representar conocidas leyendas mitológicas pero a su vez tienen un valor simbólico, bien paralelizando al difunto con el animal cazado, bien evocando la apoteosis del cazador (Priour, 1986: 176). Su presencia en estelas romanas en que junto a su caza se representa un banquete en que aparece el difunto -banquete de los bienaventurados en expresión de Cumont- parece relacionarse con lo que simbolizaba la cinegética en el mundo antiguo en cuanto tenía un carácter religioso por el hecho de que esos animales eran un peligro real, y el binomio banquete eterno/caza del jabalí representa el premio a la perseverancia, al valor y a las hazañas encomiables, lo que explica que también en el culto de Mitra nos aparezca el dios cazando jabalíes (entre otros animales) y luego se represente también un banquete (Cumont, 1942: 437, 442). Por lo demás era junto con el águila, el lobo, el minotauro y el caballo uno de los representados en las cinco enseñas de la legión romana antes de las reformas marianas, según Plinio (*Nat. Hist.* X,5), lo que volverá a suceder a partir del s.III. Parece que en un principio se asociaba con el dios Quirino.

¿Influyeron los pueblos clásicos en el punto concreto que nos ocupa sobre los iberos? No parece, si no es en determinados aspectos iconográficos, pues la idea del jabalí como elemento religioso la encontramos también en otros pueblos, como los celtas. No es de extrañar tratándose de un animal frecuente en tan diversas regiones europeas. Es probable que, al igual que el lobo, tenga su vinculación religiosa un antiguo origen indoeuropeo. Recordemos que a veces el afán de interpretar imágenes ibéricas a través del prisma clásico puede distorsionar la realidad porque hay elementos que no son greco-romanos, como indicaba para la iconografía de la moneda M.P. García-Bellido (1992: 237). Es frecuente por ejemplo en teseras de hospitalidad celtibéricas donde, además de toros e incluso delfines, aparece ampliamente representado. Pero sí que es posible encontrarle influencia externa, aunque no clásica, al llamado carro votivo de Mérida, con escena de persecución de jabalí por un jinete y un perro (Blázquez, 1977: 344 ss.). Se ha considerado como una perduración de un tipo mucho más antiguo -siglo VI concretamente- en atención a las características del carro y otros elementos, proponiéndose que representa a un dios-jinete en la línea del conocido fenicio y púnico (Almagro Basch, 1979: 175). No obstante recordemos que el tema de la caza aparece suficientemente representado en las conocidas estelas celtibéricas (por cierto, en una asociado también a una escena de banquete; Marco, 1978: 50), a las que parece que no hay que buscarles influencias mediterráneas. Recordemos también que buen número entre los llamados "verracos" del mundo celta romanizado, se cree que representan al jabalí. Aquí, se ha sostenido, el animal sería protector del difunto frente a lo que ocurre entre los iberos (Chapa, 1985: 203), lo que no deja de ser una teoría discutible. Además aparece también abundantemente en puentes de fíbulas, y menos en vainas de espadas en la zona del Duero, incluso a veces extraordinariamente estilizado hasta el punto de ser difícil su reconocimiento como en una original pieza hallada en Andalucía aunque se supone procedente de la Meseta (Blanco, 1988). Lo que podemos tener por cierto es que tanto nuestro animal como el lobo o el oso sustituyen al león que, con el mismo fin, aparece relacionado con la muerte en el mundo clásico, el ibérico, el celtibero, el celta o el gallo (Benoit, 1949).

En la escultura zoomorfa de los iberos, el jabalí aparece representado aparte del mencionado relieve de

Pozo Moro, también en Cártima (Málaga) en actitud de devorar a un carnero a pesar de tratarse de un animal herbívoro (Chapa, 1985: 202), con evidente sentido religioso. Más ejemplos los hay evidentemente en el mundo ibérico fuera de su escultura: aparecen en el "vaso de los guerreros de Archena" en que acompañan a estos tres jabalíes caminando -también hay un lobo por cierto, aunque no enfrentado pero si en evidente relación-, lo que pudiera indicar el carácter funerario del mismo, bien que son posibles otras interpretaciones, máxime cuando en el mismo hay una deliberada inutilización de las imágenes por parte del artista, lo que delata una complejidad religiosa que se nos escapa (Blázquez, 1983: 209; Olmos, 1987: 28 ss.). Del mismo modo, es interesante su asociación con el lobo en algún ejemplar de vasos de Azaila-Alloza, pero aquí debe tratarse de perros pues ocurre siempre en escenas cinegéticas en que los cánidos atacan a los jabalíes y a veces a ciervos (Marco, 1984: 83). En cualquier caso, es posible que nos encontremos ante cacerías de ultratumba, por su más que posible carácter funerario. Muy interesante es también el damasquinado que representa a un jabalí en una falcata del Cabecico del Tesoro, probablemente tardía, que bien puede tener un carácter simbólico relacionado con el noble personaje a que debió pertenecer y la especificidad funeraria del animal (Quesada, 1992: 163). Por cierto en otra falcata, en este caso de Almedinilla, aparece un lobo. Finalmente hemos de referirnos a las monedas en que en los anversos, tras la cabeza masculina de perfil que ocupa casi todo el campo propia de la numismática ibérica, aparece un jabalí. Se ha llegado a proponer que, a guisa de lo que ocurre con el lobo entre los ilergetes, el jabalí fue el animal totémico de los ausetanos (Villaronga, 1979, 129, 207, 209), pues prácticamente aparece en todas las emisiones monetarias del grupo homónimo, sean con la leyenda *Ausesken*, *Eustibai-kula-Eusti* u *Ore* (Crusafont et al., 1986: 29) y también *Illuro* y *Arketurki* en la primera serie de emisiones (Villaronga, 1979: 129). Es evidente que la moneda ibérica, como la griega prealejandrina o la romana pre-silana, es un documento religioso o, si se quiere, político-religioso (García-Bellido, 1992: 241). Aparece el animal tanto en las más antiguas como en las acuñadas en la segunda mitad del siglo II a.C. Reparemos en que los ausetanos fueron vecinos de los ilergetes y, junto con éstos, los que opusieron una mas significada resistencia a los conquistadores romanos entre los pueblos del nordeste peninsular.

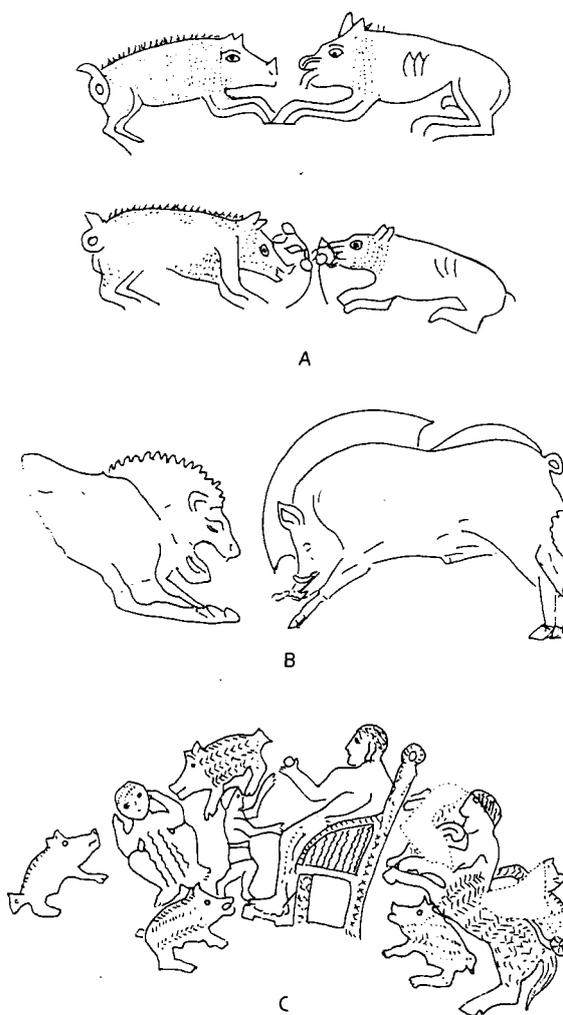


Figura 2. a) Detalle de sendos enfrentamientos lobo-jabalí en una de las lanzas del Cortijo de Maquíz; b) Enfrentamientos león-jabalí en una base de estatua arcaica (h. 520 a.C.), Cerámico, Atenas; c) Jabalíes en una de las pateras de Tivissa.

Volviendo a nuestra pieza, no es el enfrentamiento lobo-jabalí un tema desconocido como vamos a ver: ambos animales aparecen de esta forma en una pieza de bronce del Cortijo de Maquíz, en Mengíbar, Jaén, y asociados, ya que no podemos decir en este caso enfrentados, muy posiblemente en las pateras de Tivissa, Tarragona, en el Ebro.

Procedentes del Cortijo de Maquíz, donde se supone que se asentó la antigua *Illurgi*, son dos bronce, rematados en sendas cabezas de lobo, de funcionalidad no clara -quizás lanzas de carro votivo o brazos de trono- en cuya superficie aparecen decorados con escenas incisas (Almagro Basch, 1979; Blanco, 1981: 74). Uno de ellos, incompleto, lo omitimos a pesar de

su extraordinario interés por carecer de representaciones de lobos y jabalíes. En el otro los hay, aunque Blanco consideró que se trataba de perros en lugar de lobos, cosa que no creemos. En efecto nos encontramos a dos parejas de ambos enfrentadas, una sin ningún elemento entre ellos, otra con uno vegetal que quizás hayamos de considerar árbol de la vida, con lo que el enfrentamiento entre el animal benéfico de ultratumba (lobo) con el maléfico (jabalí) parece tener mayor sentido. Aparecen otros elementos: caballeros sobre hipocampos luchando -dos llevan lanzas- y dos personajes de pie. Blázquez llamó la atención sobre el probable origen clásico de estos hipocampos frente a lo indígena que se adivina en el lobo y el jabalí, aún cuando todas las figuras en conjunto nos remitan a un mito turdetano desconocido. Almagro Basch consideró estas escenas relacionadas con un diós de la fecundidad. Se fechan en el siglo II a.C. (Blázquez, 1991: 79). Blázquez insistió en el carácter del jabalí como animal de ultratumba, infernal, acompañante de Endovélico como se observa en un ara a este dios dedicada en que aparece representado varias veces (Blázquez, 1983: 150, 284). Reparemos en que este dios debió formar parte del panteón ilergete como parece deducirse del nombre del régulo Andobales o Indíbil. En opinión de Almagro, el lobo representa al animal benéfico -a pesar del aparente contrasentido- mientras el jabalí es todo lo contrario: de ahí la antítesis (Almagro, 1979: 178). Como fuera, el binomio de Maquiz nos sugiere el conocido griego, tampoco desconocido por los iberos, león-jabalí al que antes nos hemos referido.

En el yacimiento del Castellet de Banyoles, sobre el Ebro, en el término de Tivissa, se documentaron entre otros elementos, cuatro pateras de plata, fechables posiblemente en el siglo II a.C., aunque también se ha propuesto el anterior (Serra Ràfols, 1941; Blanco, 1981: 69; Blázquez, 1977: 221 ss.). De estas nos interesan dos. Una aparecía decorada con un lobo central que sobresale como umbo sin otra decoración. De ella nos ocuparemos en otro momento (Pérez-Soler, 1993). Otra también con umbo central con otra cabeza de animal que nosotros creemos jabalí aunque se han propuesto otros -lobo especialmente y en menor medida, oso (Maluquer; 1978: 181; Olmos *et al.*, 1992: 33)-, a diferencia de la anterior que era lisa, presentaba la superficie interna con una compleja decoración consistente en escenas sin duda mitológicas de difícil interpretación. En primer lugar señalemos que, caso

de tratarse el umbo de un jabalí como proponemos y la otra es un lobo, tendríamos de nuevo la representación de ambos animales, probablemente con sentido de antagonismo -no hay otros en relieve- como en nuestra cerámica impresa. Ello adquiere un mayor valor si el yacimiento estuviera en tierras ilergetes como sugirieron Blanco y Blázquez, aunque no creemos que ello sea cierto, pues más bien debía tratarse de territorio de los ilercavones. En cualquier caso ilergetes e ilercavones son pueblos vecinos, seguramente no sólo geográfica sino étnicamente. Como fuere, en la patera que presenta el umbo que nosotros consideramos jabalí, además de una inscripción en caracteres ibéricos en torno a la superficie interna de la pieza, se desarrolla grabada en ésta una o unas complejas escenas, probablemente junto con la de las lanzas de carro de Maquiz la más completa conocida del universo religioso de los iberos, considerado por unos como un ritual de ultratumba, por otros -creemos que erróneamente- como una escena de caza, eso sí con carácter religioso. Tales escenas de caza no son raras en el mundo clásico como hemos visto. Se distingue un personaje sentado (probablemente la divinidad), otro acurrucado, un caballero armado, un centauro, dos *daimones* (uno de ellos sacrificando un animal), un lince, cuatro jabalíes y un quinto que es atacado con un león. Esta simbiosis del león y el jabalí ya hemos visto que era conocida entre los griegos. En nuestro caso, el felino le está mordiendo los cuartos traseros. García Bellido consideró que el animal que es devorado por el león es en realidad un toro (García-Bellido; 1980: 113): es cierto que es más grande que los otros y no se indican las cerdas, aunque no parece tratarse de un astado; si así fuera, nos encontraríamos ante otro motivo oriental ya conocido. Está claro que, a pesar de las interpretaciones que se le han venido dando, nada podemos decir con un mínimo de seguridad en un tema tan complejo como el religioso y el de los mitos locales totalmente desconocidos; tan sólo llamar la atención de ciertas similitudes y, en nuestro caso, la presencia de animales uno de los cuales, el jabalí, a juzgar por el número de ejemplares representados, debía jugar un importante papel en el tema o mito que se intenta reflejar. La abundancia de estos animales en la escena o escenas narrativas, nos induce a pensar que efectivamente se trata también de otro jabalí el que en relieve aparece en el umbo central: aunque si así fuera estarían sus rasgos peor conseguidos que los del que con seguridad es un lobo en la otra patera.

Así pues recapitulando, se representa en nuestra pieza repetidamente impresa una antítesis animal benéfico - maléfico de carácter funerario e infernal que cuenta con paralelos dentro de la toréutica de los iberos, los más cercanos en las pateras de Tivissa, pero sobre todo en los bronceos del Cortijo de Maquí. La colocación en posición vertical del punzón que representa al jabalí, frente a la que sería normal y lógica, sólo debe obedecer a la intención de indicar claramente el enfrentamiento, mirándose las fauces ambos animales, como lo hacían el león y el jabalí entre los griegos. Su posible asociación con otras piezas singulares (vaso ornitomorfo y cernos) nos hace pensar en la posibilidad de un espacio religioso en el poblado, más probablemente doméstico que otro caso dadas las dimensiones de éste, tal como se ha sugerido para diversos yacimientos levantinos. Esta posibilidad dista mucho de ser segura no obstante dadas las condiciones en que los materiales se recuperaron. En cualquier caso, este fragmento de cerámica impresa constituye un importante documento que nos acerca, aunque sólo sea iconográficamente, al mundo religioso ilergete.

ARTURO PÉREZ ALMOGUERA
Dept. de Geografia i Història, Universitat de Lleida
Rambla d'Aragó, 37 - 25003 Lleida

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M.: 1979: Los orígenes de la toréutica ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, pp. 173-198.
- ALMAGRO GORBEA, M.: 1978: Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro. *Trabajos de Prehistoria* 35, Madrid, pp. 251-278.
- ALMAGRO GORBEA, M.: 1983: Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *MM* 24, pp. 177-293.
- ÁLVAREZ, R. y CONDE, M.J.: 1990: Aportació a l'estudi de les ceràmiques grises ibèriques decorades: dos exemples concrets. *La romanització del Pirineu, 8e. Col·loqui d'Arqueologia de Puigcerdà (1988)*, Puigcerdà, pp. 191-195.
- ARANEGUI, C.: 1992: Una falcata decorada con inscripción ibérica. Juegos gladiatorios y venationes. *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Valencia, pp. 319-330.
- BENOIT, F.: 1949: El santuario de Entremont y las representaciones funerarias ibéricas. *IV CASE (Elche, 1948)*, 1949, pp. 179-185.
- BLANCO, A.: 1981: *Historia del arte hispánico I. La Antigüedad*, 2. Madrid.
- BLANCO, A.: 1988: Las estatuas de verracos y las fibulas zoomorfas celtibéricas. *Espacio, Tiempo y Forma*, II, 1, Hist. Ant., Madrid, pp. 69-78.
- BLÁNQUEZ, J.J.: 1990: *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta (Estudio Arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*. Albacete.
- BLÁZQUEZ, J.M.: 1977: *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid.
- BLÁZQUEZ, J.M.: 1979: Las raíces clásicas de la cultura ibérica. *AEA*, 52, Madrid, pp. 141-176.
- BLÁZQUEZ, J.M.: 1983: *Primitivas religiones ibéricas, II Religiones prerromanas*. Madrid.
- BLÁZQUEZ, J.M.: 1991: *Religiones en la España Antigua*. Madrid.
- BONET, H.; MATA, C. y GUÉRIN, P.: 1990: Cabezas votivas y lugares de culto edetanos. *Verdolay*, 2, Murcia, pp. 185-199.
- BRONCANO, S.: 1989: *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*. Madrid.
- COLOMINAS, J. y DURÁN, A.: 1923: Restes de poblats ibèrics al Pla d'Urgell i Segarra. *AIEC*, VI (1915-1920), Barcelona, pp. 606-616.
- CUMONT, F.: 1942: *Recherches sur le symbolisme funéraire des romains*. París.
- CURA, M.: 1971: Acerca de unas cerámicas grises con decoración estampillada en la Catalunya prerromana. *Pyrenae*, 7, Barcelona, pp. 47-60.
- CURA, M.: 1975: Nuevos hallazgos de cerámica estampillada gris prerromana en Catalunya. *Pyrenae*, 11, Barcelona, pp. 173-178.
- CHAPA, T.: 1985: *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid.
- GARCÉS, I.: 1990: *Assimilació, resistència i canvi a la romanització en el mon ilerget*. Tesis Doctoral inédita, Universitat de Lleida.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.: 1980: *Arte ibérico en España*. Madrid.
- GARCÍA Y BELLIDO, M.P.: 1992: La moneda, libro en imágenes de la ciudad. *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid, pp. 237-249.
- JUNYENT, E.: 1972: Los materiales del poblado ibérico de Margalef en Torregrossa (Lérida). *Pyrenae*, 8, Barcelona, pp. 89-132.
- MALUQUER, J.: 1978: Els ibers: art, arquitectura, llengua i escriptura. *Història de Catalunya*, I, pp. 176-196.
- MALUQUER, J.: 1981: El peso del mundo griego en el arte ibérico. *La Baja época en la cultura ibérica (Madrid, 1979)*, Madrid, pp. 203-213.
- MALVIDO, M.A.: 1979: Notas sobre localización y porcentaje de representaciones de las esculturas animalísticas ibéricas en piedra. *XV CNA (Lugo, 1977)*, Zaragoza, pp. 811-820.
- MARCO, F.: 1978: *Las estelas decoradas de los conventos Cesaraugustano y Cluniense*. Zaragoza.
- MARCO, F.: 1984: Consideraciones sobre la religiosidad ibérica en el ámbito turolense. *Kalathos*, 3-4, Teruel, pp. 71-90.
- MARCO, F.: 1990: Las esculturas de La Albelda de Litera (Huesca) y la heroización en el mundo ibérico del noreste peninsular. *Zephyrus*, XLIII, Salamanca, pp. 329-338.
- MARCO, F. y BALDELLOU, V.: 1976: El monumento ibérico de Binéfar (Huesca). *Pyrenae*, 12, Barcelona, pp. 91-115.
- NEGUERUELA, I.: 1990: *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo de Porcuna (Jaén)*. Madrid.

- NORDSTROM, S.; 1973: *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*. Stockholm.
- OLMOS, R.; 1987: Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del sureste. *A.E.Arq.*, 60, Madrid, pp. 21-42.
- OLMOS, R.; TORTOSA, R. y IGUACEL, P.; 1992: Catálogo, *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Madrid, pp. 120.
- PÉREZ, A.; 1994: *La religión en el occidente de Cataluña en época romana*. Lleida.
- PÉREZ, A. y SOLER, M.; en prensa: Les seques d'Iltirta i Iltiraca i el llop ibèric. *RAP 3*, Lleida, pp. 151-175.
- PRIEUR, J.; 1986: *La mort dans l'antiquité romaine*. La Guerche-de-Bretagne.
- QUESADA, F.; 1992: *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Alicante.
- RUIZ, M.; 1984: Simbolismo funerario de uno de los relieves de Pozo Moro. *Congreso de Historia de Albacete I Arqueología y Prehistoria*, Albacete, pp. 157-166.
- SERRA RÀFOLS, J. de C.; 1941: El poblado ibérico de Castellet de Banyoles. *Ampurias*, II, Barcelona, pp. 15.
- VERMEULE, E.; 1984: *La muerte en la poesía y en el arte de Grecia*. México.
- VILLARONGA, L.; 1979: *Numismática antigua de Hispania*. Barcelona.